

La formación social andaluza y los movimientos migratorios actuales

José Cazorla
Universidad de Granada

BIBLID [0213-7525 (2002): 63: 85-1000]

PALABRAS CLAVES: Migraciones, Magreb, Andalucía.

KEY WORDS: Migrations, Magreb, Andalucía.

RESUMEN:

Dentro de los fenómenos de la globalización destacan los movimientos migratorios que afectan a la práctica totalidad de los países, y a más de cien millones de personas cada año, en proporción creciente. En ellos tiene gran importancia psicológica el impacto de los medios de comunicación, que, añadido a la pésima situación de los países de origen, incentiva a los jóvenes a emigrar a los países desarrollados. En los últimos veinte años el Mediterráneo occidental ha adquirido gran importancia a este respecto. Lo cual ha producido efectos sin precedentes en el caso particular de España y Andalucía, en especial ante la inmigración magrebi. El fenómeno ha adquirido nuevas dimensiones al convertirse España de país de emigración en país de inmigración.

ABSTRACT:

Migratory movements stand out among the globalization phenomena that today affect to near all countries. Every year more than 100 millions of migrants move in the world, and these migratins grow increasingly. Mass media have an important psychological impact in such behavior, besides the bad economic situation of origin countries. Young people are in consequence stimulated to migrate to developed countries. In the last 20 years West Mediterranean area become one of the key points in this problem. Suddenly, Spain has been transformed from country of emigrants to country of immigrants, with manifold consequences.

1. INTRODUCCIÓN

Decía Gerald Brenan en "Al Sur de Granada", refiriéndose a la costa Adra-Almería hacia 1925: "Durante unos veinticinco Kilómetros, la carretera discurría en una línea perfectamente recta a través del desierto pedregoso, sin que se pudiera ver ni un sola casa ni un árbol en todo lo que abarcaba mi vista. La carretera aparecía y desaparecía en pequeñas ondulaciones en la tierra blancuzca del desierto hasta que se unía con el horizonte. Este horizonte es conocido por el Campo de

Dalias. Es un delta de piedras y escombros, empujado a lo largo de doce Kilómetros hacia el mar por la erosión de la sierra de Gádor, descendiendo hacia él suavemente. Hoy, sin embargo, su aspecto ha cambiado. Los manantiales subterráneos que en el pasado alimentaban la colonia romana de Murgi, han sido abiertos, y la llanura que una vez fue árida está plagada de blancas casas entre el verdor de los cereales y árboles frutales. Cuando lo vi por primera vez, podía ser el desierto de Sinaí. Mientras arrastraba mis pies a lo largo de la enervante atmósfera de la costa, la cortina de hierro de las montañas brillaba monótonamente a mi izquierda, y deseaba vanamente encontrar una venta donde tomar un trago" (Brenan, 1963).

A partir del último tercio del siglo XX, el panorama que describía Brenan ha cambiado tanto, que es por completo irreconocible. Actualmente, decenas de Kilómetros cuadrados de invernaderos bajo plásticos con sistemas computerizados de riego por goteo, cubren la casi totalidad de la zona, y aún más allá, hacia el litoral granadino. Mientras, un denso tráfico discurre por la antigua carretera, completada ahora con una autovía que por el momento llega hasta Adra. En el centro de la comarca, a ambos lados de la ruta, miles de establecimientos comerciales con los más diversos productos y servicios, multitud de sucursales bancarias, e industrias auxiliares de la agricultura, y también docenas de bares, ofrecen un bullicio permanente que no tiene parangón en el resto de la Andalucía rural. Entre ese bullicio, se aprecia la presencia constante de centenares de magrebíes y africanos, cuya aportación es vital para la pujante economía de la comarca, que por sí sola ha colocado a esta provincia, hasta hace poco marginada, casi a la cabeza de la producción pc de las andaluzas. Tanto ha cambiado la situación en pocas décadas, que todo parecido con un pasado -el de la época de Brenan- aún reciente, parece ya pura coincidencia.

En esta espectacular transformación han tenido un papel trascendental tanto la incorporación económica de España y Andalucía a la Europa a la que siempre han pertenecido, como la elogiada iniciativa de un sector agrario privado con el que no se contaba. Igualmente, los cambios de técnicas agrícolas, y en particular, la aportación de un importante contingente de mano de obra extranjera, sobre todo procedente del Magreb. Se trata pues de un fenómeno de causalidad múltiple, que encuentra parangón en muchos otros lugares del mundo, como parte del fenómeno más general de la globalización.

2. LAS MIGRACIONES, COMO FENÓMENO GLOBAL

La principal diferencia entre las migraciones que llamaríamos "tradicionales" y las actuales, radica en que aquellas se dirigían por lo general desde Europa hacia

los otros continentes, e islas del Pacífico, mientras que en el presente el flujo se ha invertido, orientándose ahora desde la periferia (con población además no occidental), al centro (en el que predomina esta).

De tal manera que los movimientos migratorios internacionales de hoy en día, se caracterizan ante todo por su generalización, puesto que abarcan prácticamente a los cinco continentes, con una importancia hasta ahora desconocida. Ello significa también que sus componentes varían mucho en origen, clase social, modo de acceso al nuevo territorio, y diversificación en destino.

Hay actualmente migraciones de la más diversa índole. Así, la del retorno de los rusos expulsados de muchos de los Estados -hoy independientes- que formaban la antigua URSS, que suman más de dos millones, y que han sido forzados a dejar sus puestos de trabajo en aquellos y regresar a "su país", para muchos desconocido. En el que además tropiezan con toda clase de dificultades para encontrar trabajo, pese a sus generalmente altas cualificaciones. Igualmente merecen citarse circunstancias inéditas respecto a los movimientos migratorios tradicionales, como los procedentes de China, Sudamérica, Caribe o Filipinas hacia Europa y Estados Unidos, que superan hoy con mucho las distancias y volumen de antiguas migraciones, además de su carácter a menudo clandestino.

La creciente trascendencia de las consecuencias de las migraciones, ha hecho que diversas organizaciones internacionales tomen cartas en el asunto. Para citar un sólo ejemplo de esta preocupación, bastará citar el nuevo eje estratégico de la OTAN, el cual, según los Acuerdos de Washington de 23 y 24 de abril de 1999, incluye conceptos muy novedosos en materia de seguridad, los cuales los complementan en función de nuevas situaciones. Y así, se señala que los intereses de la Alianza "pueden verse afectados por riesgos distintos de carácter más general, en particular, actos de terrorismo, de sabotaje o de delincuencia organizada, y por la perturbación del flujo de recursos vitales. Asimismo pueden plantear problemas para la seguridad y la estabilidad que afecten a la Alianza, los grandes movimientos incontrolados de población, en particular los resultantes de conflictos armados". Se definen pues nuevos riesgos, antes no conceptuados como tales, pero que es preciso prever y eventualmente solucionar.

Como veremos después, el desplazamiento inesperado de grandes grupos incontrolados de emigrantes, refugiados políticos, personas sin documentación o huidos de conflictos internos o internacionales, cada vez de mayor volumen y frecuencia, pueden afectar seriamente a la seguridad internacional, por lo que la Alianza no se va a considerar ajena a ellos.

Más en concreto en el caso de España, tan sólo en el año transcurrido entre 1999 y 2000 se cuadruplicó el número de inmigrantes que trataban de entrar sin la necesaria documentación, lo que exigió del Gobierno el actualizar la Ley de Extranjería de 1985, promulgando una nueva en enero de 2000 y modificándola en di-

ciembre del mismo año. No es nuestro propósito aquí entrar en un análisis jurídico pormenorizado de tal Ley, comentario que no sólo es más propio del Derecho del Trabajo, sino que se alejaría además de nuestro objetivo aquí. Intentamos más bien referirnos a las consecuencias personales y colectivas que desde el punto de vista de los inmigrantes, y no menos de la población española y andaluza misma, tiene hoy este fenómeno, relativamente nuevo para nosotros (casi dos décadas).

Al contrario que la mayoría de las migraciones que desde los años 50 a mediados de los 70 se produjeron en Europa, los inmigrantes tienden ahora a quedarse en sus localidades de origen, a las que sólo un cierto número vuelve, en todo caso, de vacaciones. A pesar de lo cual, por lo general, y sobre todo en el caso de los inmigrantes de origen no occidental, no siempre se esfuerzan por integrarse en la sociedad a que llegan; a ello contribuye sin duda la mencionada variedad y cantidad de sus componentes y un cierto alejamiento respecto a las pautas culturales del lugar de acogida. Este nuevo subproletariado inmigrante es mucho más numeroso y visible que el preexistente, que estaba compuesto en la mayoría de los casos por personas pertenecientes a la etnia gitana. Y no se diferencia mucho de los que han surgido en otros países de la UE, tanto en su comportamiento como en su apariencia misma.

No es menos cierto que determinadas conductas imitativas -sobre todo en los jóvenes, como atuendos, actitudes, uso de medios técnicos- han adquirido un rango universal que a la vez tiende a homogeneizarlos. En este proceso, el papel de los medios de comunicación, y en especial la televisión, es decisivo. La cultura tradicional va quedando atrás al par que la generación correspondiente, que pesa ya mucho menos de lo que en su momento significó para los padres. Esto implica sustituciones de unas pautas por otras, pero también la aparición de "huecos" y "vacíos" en el techo cultural, que la nueva sociedad de acogida no siempre llena, y que se traduce en comportamientos atípicos -o incluso marginales- en los jóvenes de la segunda generación de inmigrantes.

Los expertos han señalado que las variables que tradicionalmente se consideraban como explicativas de la motivación de emigrar han cambiado profundamente. Así la presión demográfica y el inevitable alto desempleo, la falta de perspectivas en los jóvenes, y la pobreza, no bastan por sí solas hoy, para marcarlas como decisivas a la hora de romper con los lazos afectivos y familiares habituales. Con tanta o mayor fuerza operan factores de atracción en el lugar de destino.

Tal y como hemos señalado en otras publicaciones, el que calificábamos como "efecto escaparate" de los países desarrollados, actúa con mucha mayor eficacia que en cualquier época anterior. Se exhibe a través de los medios un consumismo desbordado, en el que, como en su momento comentó el Presidente de Indonesia, Sukarno, aparentemente cualquier persona accede con toda facilidad a bienes y

servicios a los que sólo en sueños se llega en el país de origen. Tal efecto es realmente demoledor, en especial cuando la distancia física es muy reducida -como ocurre a los magrebies respecto al sur de Europa- reforzada además por la fácil recepción de las emisoras del lado norte del Mediterráneo. La anomia resultante de la diferencia entre aquello a lo que se aspira y lo que en realidad se recibe, produce frustraciones irresistibles en millones de jóvenes.

A lo que contribuye por demás el observar a menudo cómo un vecino, amigo o pariente regresa para sus vacaciones desde Europa o Estados Unidos, con una inevitable exhibición de su recién adquirida capacidad económica, coche, regalos y objetos de consumo. En los años 60 y 70 tuvimos los españoles una amplia experiencia al respecto, que ahora se repite con nuestro país como objeto de deseo. Y es que entre los más básicos móviles de la emigración, se encuentra el prestigio relativo, tan importante como la seguridad del empleo o la estabilidad económica. Una función latente pues de ese regreso, aunque sea breve, radica en la adquisición de un mejor status ante sus compatriotas, que produce una especial satisfacción y autovaloración (Cazorla, 1989). La absorción de valores característicos de la cultura occidental (el uso de la libertad individual, la autonomía de las decisiones, el derecho a disentir, el afán de aprender, la innovación, la búsqueda de la satisfacción inmediata y del consumo), son factores cuya influencia no puede ignorarse, incluso si se mantienen otras pautas culturales de orden familiar, religioso o tradicional.

En este sentido, es de destacar el peso que sobre el papel de la mujer adquiere en muchos casos la cultura del lugar de destino. Las fuertes restricciones que a su libertad imponen ciertas creencias (musulmanas o de otra clase), provocan a plazo medio -especialmente en las más jóvenes- un creciente repudio resultante de un ambiente, en el que el contraste y la autopercepción exigen su modificación drástica. Lo cual conduce a problemas y rechazos familiares inevitables, pero beneficiosos para su autonomía en el mundo en que se encuentran.

Otro factor novedoso en el estímulo de las migraciones, es la presencia de organizaciones mafiosas que rentabilizan las modernas facilidades de transporte, utilizándose redes de conexiones personales para ayudar y fomentar los movimientos clandestinos. El que un apreciable número de extranjeros entre en la Unión Europea por vía aérea como falsos turistas, desde países tan lejanos como China o Filipinas, o crucen el Mediterráneo como supuestos pescadores, no son más que dos ejemplos de la variedad de posibilidades que actualmente se abren a los movimientos colectivos de población, por vía legal o ilegal.

La contrapartida a esta creciente presencia en Europa occidental y Estados Unidos no es otra que la necesidad de una mayor flexibilización de las culturas ante comportamientos, creencias y etnias diferentes de las que han sido habituales. Este efecto se nota en mayor proporción en Europa, y en particular en España, que desde la pérdida de su imperio colonial tendió a cerrarse en sí misma, y que sólo en

el último tercio del siglo XX comenzó a abrirse a los vientos de renovación que le llegaban de centroeuropa, principalmente diferenciados de residencia permanente. El contacto con grupos étnicos diferenciados de residencia permanente en el país, se limitó al de los gitanos, que han cambiado ya mucho en las cuatro últimas décadas. Pero todavía es novedad la incorporación al mercado de trabajo y a la sociedad en general de grupos considerables de otros orígenes. Como ya hemos dicho, su presencia no se remonta aquí a más de unos quince años, predominando magrebíes, subsaharianos e hispanoamericanos, como es sabido.

3. INMIGRACIÓN EN ESPAÑA

Preciso es recordar brevemente que un sector de españoles tiene aún una imagen muy viva de las condiciones de la emigración. Entre 1958 y 1974, casi dos millones y medio de nuestros compatriotas permanecieron una media de ocho años en Centroeuropa (el 80% de ellos, en Alemania). Un 40% del total procedía de Andalucía (con una proporción doble, pues, de la media de las restantes regiones españolas), suponiendo su aportación a la economía nacional una respetable cifra -al valor de la peseta a mediados de los años 70- equivalente a unos 12 billones de pts (Cazorla, 1989). Con su sacrificio, ellos contribuyeron al surgimiento de una España mejor que la que habían heredado.

A partir de 1985, se inició lentamente la entrada de inmigrantes, en un fenómeno inverso al hasta entonces ocurrido. En ese momento constaban sólo unos 69.000, que estimaciones muy diversas ascendían ya en 1998 a por lo menos unos 400.000 registrado. Hoy la cifra total supera el doble de esta, incluyendo a los no regularizados. Sin embargo, cifras no oficiales, aparecidas recientemente en los medios, elevan este número hasta más de un millón, lo que es indicio claro de la escasa fiabilidad de los datos manejados por las autoridades.

Si comparamos con el volumen de extranjeros residentes en otros países de Europa occidental, esta cifra es de todos modos baja; se pueden calcular en casi 20 millones, es decir algo más del 5% del total (frente al 2-3% de España), sin contar otros 5 millones ya nacionalizados. Diversas operaciones de regularización han contribuido a ello en varios países de la UE, incluida España. El mayor número relativo de inmigrantes está en Alemania, en donde casi alcanza al 10% de la población¹.

1. A finales de siglo, el total de emigrantes en todo el globo ascendía a unos cien millones. De ellos, un 30% ha tenido por objetivo Europa occidental o Norteamérica. De los otros 70 millones, al menos la mitad se movía en el interior de África, y una cuarta parte en Oriente Medio y el Sudeste asiático. No debe olvidarse la importancia de la emigración desde diversos países árabes -sobre todo Egipto- hacia el Golfo Pérsico, en donde han llegado a constituir casi la mitad de la población.

Es bien sabido que España tiene pues el menor número relativo de inmigrantes de la UE, pero no es menos cierto que todavía posee el poco grato record del mayor número de desempleados de la OCDE, aunque está ya disminuyendo rápidamente. Este argumento ha sido el más utilizado por las autoridades españolas para restringir la entrada de inmigrantes, y aun fijar a priori su actividad en caso de ser aceptados.

A partir de mayo de 1991, se exigió el visado a los ciudadanos marroquíes, lo que colocó automáticamente en las listas de no legalizados a miles de ellos, que habían entrado como "turistas" y llevaban más de tres meses en España. Otro efecto de esta decisión fue el aumento de la llegada por diversos procedimientos de numerosos magrebíes y subsaharianos, que en demasiados casos ha provocado accidentes y un número impreciso de fallecimientos por naufragio. La situación geográfica de España, la ha convertido en el primer bastión de lo que ha dado en llamarse "la fortaleza europea" frente a la inmigración ilegal, bien a pesar suyo. Solamente a partir del 11 de septiembre de 2001 se interrumpió repentinamente la llegada de estos inmigrantes, como consecuencia indirecta de los actos de terrorismo registrados en Nueva York y Washington y el temor a un incremento del rechazo. Pasado un mes de tales acontecimientos, la llegada de "ilegales" se reanudó lentamente.

Una situación parecida se da en Italia, objetivo muy próximo para inmigrantes tunecinos, del Mediterráneo oriental y en particular de Albania. La pobreza tradicional de este país balcánico y la ausencia de toda autoridad desde el derrumbamiento del régimen comunista, han sustituido al Estado por bandas mafiosas que a menudo provocan verdaderas avalanchas de emigrantes hacia Italia. En los últimos años se han producido en el Adriático situaciones colectivas verdaderamente dramáticas a las que el Estado italiano apenas pudo hacer frente. El problema ha sido no tanto demográfico como político, con características de pérdida de todo control y pura expulsión de la población más indefensa.

El hecho es, concretándonos de nuevo a España, que todavía en los años setenta subsistía una perspectiva del extranjero limitada al mundo del turismo. Pero en las dos décadas siguientes esta imagen ha ido cambiando, al incorporarse a nuestra población un importante volumen de personas de otras nacionalidades que vienen con muy diversos propósitos, desde los residentes británicos en la Costa de Levante, a los ejecutivos centroeuropeos. Y, descendiendo de nivel económico, a los inmigrantes laborales del Este, a menudo con conocimientos de idiomas y educación relativamente altos, a los latinoamericanos, con los que compartimos lengua y abundantes bases culturales, hasta los marroquíes y subsaharianos, que percibimos como más "diferentes", y que por tanto producen mayor grado de "prevención". Hay por tanto ya un diversidad de perspectivas en cuanto al extranjero, muy distinta de la existente hasta hace poco.

Cabe decir que se da una cierta visión negativa del “no español”, como alguien que no comparte muchas de nuestras creencias, símbolos, tradiciones y hábitos; alguien “diferente”, en suma. Pero a la vez, al surgir la ciudadanía europea, se están forjando un serie de lazos con otros pueblos de Europa que matizan esta percepción, de tal modo que con el tiempo, se llegue a fundir el concepto de cada nacionalidad con el de ciudadano de la Unión Europea. De manera que en el próximo horizonte aparecen en nuestra opinión pública tres nociones simultáneas: la de compatriota español, la de ciudadano europeo, y la de extranjero, esta, con sus subclases de diferentes inmigrantes. Es con ellos -especialmente los de procedencia magrebi- con quienes se percibe una distancia mayor, a pesar de que la geográfica es precisamente la menor.

Por supuesto, cuando se trata de magrebíes de nivel económico y educativo medio a alto, la “distancia” se reduce proporcionalmente, e incluso se produce a la inversa en el caso de personajes o potentados árabes. Pero no está de más recordar que la experiencia histórica compartida ha tendido tanto a separarnos como a unirnos.

Sin remontarnos más atrás, por ejemplo a la deuda que Granada, Córdoba, Málaga, Sevilla, y Andalucía toda, tienen con la civilización árabe, el hecho es que ya desde el siglo XIX, sostuvimos enfrentamientos con el Reino de Marruecos, que culminaron en acontecimientos específicos de nuestra propia Historia, como los sucesos de Barcelona de 1909, y la guerra del Rif hasta 1926. La presencia de tropas de “regulares” en primera línea de la guerra civil dejó todo un rastro de resentimiento, que décadas después se avivó con motivo de la “marcha verde” e independencia del Sáhara, seguidos por los conflictos de los pesqueros, que hasta hace poco subsistieron y han terminado con nuestra exclusión de sus aguas.

Es fácil reflexionar que entre países vecinos cosas similares han ocurrido constantemente en el ancho mundo, pero el hecho está ahí. Y hoy pagan las consecuencias de su inferioridad económica los inmigrantes, quienes tienen la mala suerte de proceder de una cultura de la que aquí quedan -o se recuerdan- relativamente pocos vestigios.

4. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA INMIGRACIÓN A ANDALUCÍA

Los inmigrantes se distribuyen en forma muy desigual en el territorio español. Así, y en términos muy generales, los procedentes de países del Este suelen preferir los grandes centros urbanos, en donde hay particular demanda para sus conocimientos; los de Oriente Medio también parecen concentrarse en las ciudades, mien-

tras que los latinoamericanos de origen rural y la mayoría de los marroquíes (varones), trabajan en la agricultura preferentemente. Las mujeres marroquíes lo hacen en cambio en el servicio doméstico, casi siempre en centros urbanos.

Como señalábamos antes, los marroquíes constituyen desde hace una década la mayor parte de los inmigrantes extranjeros en la Península y también en Canarias. Un número considerable de ellos, con un bajo nivel de educación, ha encontrado trabajo desde hace años en los cultivos de frutales de Lérica y en los extratempranos de la costa sur de Almería.

Esta concentración es de particular interés, por lo que dedicamos alguna atención específica a sus condiciones de vida. Recordemos que la transformación de la comarca ha sido asombrosa y que la presencia de marroquíes en ella se remonta ya a los primeros años 80. También es oportuno señalar que -como describía por entonces Brenan- toda aquella zona era un erial, con un suelo pobre, salinizado, en donde el Instituto Nacional de Colonización abrió en 1954 algunos pozos para aprovechar las aguas subterráneas. En 1963 había sólo media hectárea de invernaderos de plásticos en Dalías y Níjar. A finales del siglo XX estos ocupaban ya más de 23.000 Has., y siguen creciendo. La renta agraria de la zona, que en 1953 era en total de 5.700 millones de pts, supera actualmente los 120.000.

Un número considerable de los propietarios de invernaderos fueron en su momento emigrantes a Centroeuropa, luego retornados (a la zona o a la Alpujarra, de la que bajaron), quienes con gran provecho invirtieron sus ahorros en la adquisición de los terrenos y puesta en marcha de los cultivos.

Un estudio de la Universidad de Sevilla (Martínez, García y otros, 1996), ofrece un serie de datos que sintetizo aquí, comprendiendo entrevistas además de en Almería, en Cádiz, Jérez, Málaga y Sevilla. Casi la mitad de estos inmigrantes dijeron trabajar en venta ambulante, agricultura y servicio doméstico. El salario promedio obtenido por los ocupados (al valor de la peseta en 1995), oscilaba entre 60.000 y 90.000 pts mensuales.

La mayor frecuencia de envíos a la familia en aquel momento oscilaba alrededor de las 120.000 a 150.000 pts/año. Sin embargo, un 29% dijo estar parado en el momento de la encuesta. Los problemas que más les preocupaban eran por este orden, dinero, trabajo, ahorro, familia y vivienda. Un 44% manifestó que trabajaba sin contrato, y un 85,5% puntualizaba que este trabajo era eventual. Una cifra similar dijo que su jornada era a tiempo completo y resultaba ser de un promedio de 48 horas por semana. Todas las evidencias apuntaban a que los huecos laborales que los españoles no deseaban eran cubiertos por los inmigrantes. Por otro lado, aparecían más de ellos en régimen autónomo y menos en la construcción que en el resto de España, como resultado del grado mayor de desempleo que durante muchas décadas ha caracterizado a Andalucía.

La mitad de los inmigrantes creía que los andaluces los rechazan, aunque matizaban que esta actitud se da sólo en grupos locales reducidos. Casi el 40% había tenido alguna experiencia personal al respecto, en lugares como bares, discotecas, en su lugar de trabajo, en la calle o en el autobús. Estos problemas de los inmigrantes son en especial relevantes en Almería, donde el potencial conflictivo con algunos habitantes ha sido mayor (como después se ha comprobado en los incidentes del 2000).

Cuando se interrogó a miembros de diversas asociaciones y organizaciones sociales relacionados con la inmigración, atribuyeron una actitud negativa a la mayoría de los andaluces; es decir, su perspectiva era más rigurosa que la declarada por los propios africanos. La población media andaluza parece dar más importancia al control de la entrada de inmigrantes que a la integración de estos, una vez en nuestro territorio. El prejuicio contra los "moros" resulta muy relevante, en ocasiones en grado superior al que se manifiesta frente a los subsaharianos. Por otra parte, no siempre las ONG de acogida funcionan de manera coordinada, observándose divisiones y disentimientos entre ellas, lo que contribuye a complicar situaciones que los recién llegados no siempre están en condiciones de entender. Al mismo tiempo, la ruptura o alejamiento de su vínculos familiares y vecinales se suple sólo muy parcialmente con el apoyo del grupo de sus compatriotas, lo que produce situaciones anómicas, descritas hace ya ochenta años por Thomas y Znaniecky.

El hecho es que tras las diferencias supuestamente culturales, se esconden intereses o prejuicios de clase que afloran en determinadas condiciones de competencia laboral, incremento del paro, crisis económica o alarma ante el aumento de la entrada, sobre todo de inmigrantes no regularizados. Se achacan entonces a los inmigrantes consecuencias perjudiciales, como inseguridad ciudadana, pérdidas de identidad, ataque a las costumbres establecidas o abaratamiento de salarios, según la variación de las circunstancias.

Observando la génesis de la migración, aunque el alejamiento respecto a la familia constituye un evidente sacrificio, no implica necesariamente una ruptura del núcleo familiar. Es decir, la decisión de emigrar se adopta con frecuencia a nivel colectivo, entre el que sale y su familia. Este suele ser el más capacitado, como demuestra el que las tres cuartas partes de ellos sean solteros y se encuentren entre los 18 y 30 años (Checa, 1995). De manera que cuando consiguen trabajo, envían remesas que compensan el fuerte gasto realizado en su momento por sus parientes más próximos (pago de sobornos o del tránsito clandestino). Ello no implica que esta situación se mantenga indefinidamente, bien porque se consiga montar algún tipo de negocio en origen, o bien porque al cabo de un tiempo el emigrante consiga llevar sus familiares a su destino.

El emigrante sabe a menudo cual es este punto de destino, en el que encontrará ayuda de redes perfectamente establecidas. Así los marroquíes de Tánger se

concentran en El Ejido, los de Nador en Roquetas, los senegaleses de Dakar en Almería, etc. Todo lo cual facilita en grado sumo su adaptación a las condiciones locales.

Al igual que ocurría con los españoles que volvían de Alemania en los 70, ostentando su recién adquirida riqueza con coches o electrodomésticos, el "efecto escaparate" opera de manera muy similar en los magrebies y centroafricanos. Con la diferencia de que estos raramente pretenden regresar de modo definitivo, como hemos dicho. En consecuencia, y a diferencia de los españoles, tienden a valorar en forma muy negativa bastantes de sus propios elementos tradicionales y culturales. Por lo que imitan los que han visto en Europa, al menos en sus aspectos más exteriores y a veces, a mayor profundidad. Esto se aprecia especialmente en muchos comportamientos de jóvenes solteras, que se debaten entre la rigidez de las costumbres familiares tradicionales, y la mayor libertad de comportamientos de la mujer en la cultura occidental, como antes apuntábamos.

Aquellos a quienes mejor les ha ido en destino con sus ahorros, suelen adquirir o mejorar una vivienda y comprar algunos electrodomésticos. Adviértase que también en Marruecos el precio de una vivienda puede suponer los ahorros de un inmigrante en Almería durante diez años o más. Por eso, muchos no pasan de ayudar a la familia en gastos corrientes, sobre todo al principio de su estancia en el extranjero.

Desde luego, opera la misma imagen que en su momento en España: el prestigio derivado de la exhibición de un consumo superior al de sus coterráneos, es un incentivo irresistible. Por razones similares, cuando se les ha preguntado si el salir de su país fue la mejor decisión, nada menos que un 91% responde afirmativamente (Checa, *ibid.*). Y ello, a pesar de que a la vez afirman que las cosas no les han ido tan bien como imaginaban desde que están en España. Esta aparente contradicción de nuevo es paralela a la de los emigrantes españoles a Alemania, aunque en condiciones menos extremas². Los jóvenes marroquíes, con más del 50% de paro y sin posibilidades reales de futuro, saben que no pierden nada con intentar emigrar. En cambio, los españoles que salieron en los 60, en su gran mayoría tenían un puesto de trabajo asegurado en Alemania, no corrían tanto riesgo de aventurarse a un mundo desconocido, y en efecto volvían al cabo de unos años con ahorros suficientes para mejorar de posición. La situación en conjunto de los marroquíes es en principio mucho peor que la de los españoles, y los factores del push-pull, mucho mayores, por lo que no es de extrañar que el propio Felipe González declarase a la prensa en junio de 1992, que "si yo fuese un norteafricano de 20 años, estaría en uno de esos botes. Y si me expulsaran, trataría otra vez de cruzar".

2. En nuestra encuesta de 1985-86 a los retornados españoles de Alemania, un 89,7% de los entrevistados reconoció que "le valió la pena emigrar", a pesar también de las dificultades por las que pasaron.

5. EL IMPACTO DE LA INMIGRACIÓN

En general, la xenofobia no parece afectar mucho a la población española. Por ejemplo, datos de encuesta de 1997 señalan que nuestro país se encuentra entre los que menos rechazo muestran hacia los extranjeros que viven aquí, actitud que comparten dos tercios de los españoles. Sin embargo, la imagen pública de los inmigrantes ofrece un perfil de desconfianza hacia ellos en el que tiene cierta importancia la inseguridad. A ello contribuyen los frecuentes controles policiales de que son objeto, su concentración en barrios marginales, chabolas y viviendas improvisadas, y otras actividades, que son incomprendidas o rechazadas por la población local. También influye la falta de contactos personales entre autóctonos e inmigrantes, lo que propicia su mutuo desconocimiento. Datos del IMSERSO (1997) indican que menos del 30% de los españoles ha mantenido alguna vez una conversación con inmigrantes.

Esta imagen es resultado igualmente de "convertir en noticia en especial los sucesos más alarmantes en los que está implicada la población inmigrante, como por ejemplo las redes internacionales de tráfico de drogas o de inmigrantes, la prostitución, la falsificación de documentación, y conductas similares, lo que "...supone identificar determinadas nacionalidades con ciertos delitos" (Solé y otros, 2000). El hecho de algunos inmigrantes traten de pagarse el viaje clandestino a Europa trayendo ciertas cantidades de droga, muy barata por ejemplo en el Rif, contribuye a extender tal imagen de complicidad o contrabando. Por lo general, y sin llegar a la realización de actividades ilegales, los inmigrantes se hacen más "visibles" en la medida en que se organizan. Y ello produce más recelos en los sectores más conservadores, que cuando su actividad es meramente individual. Los sucesos de El Ejido en 2000 y su reflejo en los medios de comunicación evidenciaron abiertamente esta diferencia.

Otro tanto ocurre cuando por cualquier circunstancia la inmigración se sale de la rutina de las noticias cotidianas. El accidente en que murió en Lorca también en dicho año un grupo de ecuatorianos, "descubrió" ante las autoridades algo que era perfectamente sabido pero que ya no tuvieron más remedio que reconocer: que miles de inmigrantes no regularizados de tal procedencia (se dijo que casi 50.000), trabajaban en la agricultura de Levante sin que nadie se diera por enterado. Las consecuencias del accidente obligaron a una extraña variedad de regularización que todavía no se comprende muy bien.

No pocas veces, los estereotipos que se manejan periódicamente cara a la opinión pública en torno a estos temas, parten del manejo de una diferencia cultural entre los locales y los inmigrantes, a los que se contempla a menudo como "atrasados". Precisamente por ello se rechaza más a quienes no participan del acervo de "la civilización occidental", de la "raza blanca", y de la "religión cristiana" (Solé, *ibid*).

Ahora bien, las actitudes de claro rechazo racista respecto a los inmigrantes han ido cambiando con el tiempo y han adquirido más recientemente modalidades más sutiles y frías, por ejemplo traduciéndose en desconfianza. Así se les atribuye una resistencia a la asimilación con frases como “no se quieren integrar”, “no se parecen en nada a la gente de aquí”, “son ya demasiados”, y otras por el estilo. Cualquier incidente público o que parezca en los medios, como un delito o acto de violencia protagonizado por un inmigrante, “destapa” las verdaderas convicciones de estas personas que disimulan su racismo, desembocando en manifestaciones abiertamente radicales.

Por fortuna, ese comportamiento es cada vez más minoritario –aunque subsistan recelos. De este modo se explica que una mayoría de los dos tercios o más de encuestados por el CIREs, manifieste que el Estado español debería proporcionar a los inmigrantes diversas prestaciones sociales como subsidios de paro, acceso a vivienda, asistencia sanitaria, educación gratuita y otras.

Opera aquí un concepto que merece un comentario siquiera somero: se acepta un principio de “solidaridad humana” con los inmigrantes siempre que no pongan en riesgo las bases de nuestro progreso. Precisamente muchos españoles que trabajaban en Alemania en 1973 en labores poco cualificadas, se encontraron con que no les renovaban sus contratos de trabajo a partir de aquella fecha, porque su aportación era ya menos necesaria y más cara que quince años atrás. Y no tanto, por la oportuna crisis económica que por entonces se desencadenó, y que en gran parte fue utilizada como un pretexto para forzar su retorno.

Con todo, debe quedar claro que una inmigración bien organizada, difícilmente perjudica al país de acogida, sino que le beneficia, al incorporarse gente en la plenitud de su capacidad de producción. Es decir, su economía consigue una plusvalía que de otro modo no hubiera obtenido. Cuestión distinta es que en los países más desarrollados cada vez es menos necesaria la mano de obra sin cualificación alguna, hoy sustituible en buena parte por los avances de las tecnologías.

Por otro lado, una de las situaciones que mayor rechazo provocan en destino, es la de aquellos inmigrantes que se ocultan y permanecen en la economía sumergida, desempeñando trabajos que se supone “no les son propios”, es decir en los que compiten con los locales. Si además cobran menos por realizarlos, la reacción puede llegar a ser de inmediata hostilidad en quienes los acusan de competencia ilegal. En tal circunstancia o similares, se vuelve a la percepción que los burgueses de hace un siglo tenían de los obreros: el estigmatizarlos como seres amorales, podían cargarse de razón, subjetivando el conflicto y eludiendo a la vez sus implicaciones políticas y económicas. Es decir, a menudo se mezclan actitudes de discriminación de clase, con las de marginación étnica, o racial, a las que encubren. Así, se exagera el efecto resultante del volumen de inmigrantes, que como sabe-

mos, no supera actualmente el 2% de la población total española. Lo más probable es que dentro de una década tal proporción se aproxime al diez por ciento, cubriendo el efecto de envejecimiento de la población autóctona.

Más en general, es claro que en nuestra sociedad el componente más importante del status es el económico, derivado del laboral-profesional. Pero un apreciable número de inmigrantes se ve forzado a ocupar cuando llega, una posición que considera inferior a la que según su propia cultura de clase le correspondería (por no reconocimiento aquí de títulos profesionales o nivel educativo, o incluso por prestigio familiar o étnico, etc.). Con lo cual sufre una degradación de status que significa una permanente situación de incomodidad emocional y sufrimiento. A muchos, la mera calificación de "africano" (como ocurre con los marroquíes), o no digamos de "tercermundista", les suena directamente como insulto³. Lo cual no siempre parte de un propósito de denigración en quien los usa. Pero cuando las diferencias aparentes (como el aspecto físico), son menores, el concepto de "extranjero", en lugar del de "inmigrante" suele ser más satisfactorio. En este ámbito, los europeos del Este tienen clara ventaja, y por tanto pueden adaptarse a su nuevo ambiente con más facilidad.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

En el problema de las migraciones, como en tantos otros, no se puede dejar de mencionar el papel que desempeñan los medios de comunicación. En España se trata de un tema que reúne características peculiares que los atraen casi irresistiblemente. Así, se conjugan a la vez factores de interés obviamente humano, con demasiada frecuencia riesgo y muerte, una mezcla de atractivo y rechazo resultante de variadas y personales dosis de compasión y racismo, temor a la "invasión" pero satisfacción al sabernos envidiados y "superiores", y un conjunto de otros condimentos psico-sociológicos que durante largo tiempo han alimentado los titulares de la prensa y otros medios.

Baste recordar un solo ejemplo, entre muchos, que presenciamos casualmente en Estados Unidos. Se trata del caso del niño cubano Elián, que en el 2000, durante cuatro meses se mantuvo en portada de todos los medios de dicho país (con repercusión en otros muchos), convirtiéndose en un espectáculo gigantesco de forcejeo entre aquel y Cuba, lo que desde un principio había sido un drama de

3. Los magrebies en general consideran como inferiores a los subsaharianos, con un considerable desprecio hacia la "negritud". Al fin y al cabo, incluso dentro de la península Ibérica –aunque en mucha menor proporción– sucede algo parecido entre ciertas regiones, y no digamos aún en el caso de los gitanos.

emigración a Florida, pero de carácter estrictamente familiar. La difusión –y su correlato del sensacionalismo– a menudo inevitable en los medios, van en proporción al crecimiento y diversidad de estos, que en Estados Unidos alcanzan su máximo.

Sólo la contundencia de los atentados terroristas ocurridos a partir del 11 de septiembre de 2001, y sus consecuencias internacionales, han relegado a noticias de importancia secundaria la permanente llegada de emigrantes en Europa y otros lugares. Pero siguen siendo de actualidad.

Díaz Nosty (1996) ha advertido que la globalidad que tan claramente se percibe en el tema de las migraciones, durante bastante tiempo encontrará en su fluir tres limitaciones: “la primera, inherente a las leyes del mercado, dependerá de las desigualdades económicas del globo; la segunda la definen los valores locales, fijados por las culturas más arraigadas, las cosmovisiones religiosas más reactivas, los fundamentalismos, etc.; mientras la tercera tamiza la globalidad en territorios lingüísticos”. Al igual que debemos aceptar estas circunstancias como algo habitual en el mundo en que vivimos, también hemos de hacerlo con los movimientos de inmigración, que no son ya un fenómeno coyuntural, fortuito, sino al que debemos contemplar como normal, sin enfocarlo con la lente del sensacionalismo.

Con este objeto, habrá que esforzarse para superar la discriminación institucional y no menos la personal, de tal modo que alcancemos un modelo de sociedad intercultural y multiétnica, con plena igualdad en el terreno legal, y respetando el patrimonio cultural que los inmigrantes nos aportan, por la misma razón que también aceptamos el fruto de su esfuerzo. Los españoles tenemos abundantes precedentes y motivos para comprenderlo, mayores incluso que en otros europeos.

BIBLIOGRAFÍA

- BOYD-BARRET, O. (1999): "Trends in World Communication", en *Global Dialogue*, nº 1, pp. 56 y ss.
- BARBADILLO GRIÑÁN, P. (1997): *Extranjería, racismo y xenofobia en la España contemporánea*, CIS Siglo XXI, Madrid.
- BRENAN, G. (1963): *South from Granada*, Penguin, p. 222.
- CAZORLA PÉREZ, J. (1989): *Retorno al Sur*, Siglo XXI OCAER, Madrid.
- CAZORLA PÉREZ, J. (1995): "La inmigración marroquí en España: datos, opiniones y previsiones", en *Rev. Internacional de Sociología*, nº 12, septbre.-dicbre. 1995, pp. 117 y ss.
- CHECA, FCO. (1995): "Migración, riesgo y beneficios. Los inmigrantes en la provincia de Almería", en *Demófilo, Rev. de Antropología*, nº 15, pp. 103 y ss.
- CIS (1995): Opiniones y Actitudes, "Discursos de los españoles sobre los extranjeros", nº 87, Madrid 1995.
- DI COMITE, L., Y MORETTI, E. (1999): *Geopolítica del Mediterráneo*, Carocci, Roma.
- GARRETT, G. (2000): "Globalización and Government Spending around the world", Working Papers, nº 155, Inst. Juan March, Madrid, octubre.
- GONZALVEZ, V. (2000): "Inmigración: causas y perspectivas", en *Nueva Revista*, nº 71, Madrid, Sepbre.-octubre.
- JEREZ A., SAMPEDRO, V., Y BAER, A. (2000): "Medios de comunicación, consumo informativo y actitudes políticas en España", en *Opiniones y Actitudes*, CIS, nº 32, Madrid.
- LÓPEZ B., (coordinador) (1993): *Inmigración magrebi en España*, Mapfre, Madrid.
- MARTÍNEZ, M.F., y otros (1996): *La integración social de los inmigrantes africanos en Andalucía*, Univ. de Sevilla y Junta de Andalucía.
- PEREZ, H. (1999): "L'Europe commence en Gibraltar: le dilemme espagnol face a la decouverte de l'integration", en *Pole Sud*, nº 11, novbre. 1999, p. 8 y ss.
- RAMÍREZ, E. (1996): *Inmigrantes en España: vidas y experiencias*, CIS, Madrid.
- REIG, R. (1998): *Medios de comunicación y poder en España*, Paidós, Barcelona.
- SOLÉ, R., y otros (2000): "El impacto de la inmigración en la sociedad receptora", *REIS*, nº 90, abril-junio.
- VALLESPIN, F. (2000): *El futuro de la política*, Taurus, Madrid, pp. 28-60.